

piedra de la tumba; había pertenecido á una mujer, y al recibir la luz, se deshizo y desapareció en polvo. El sarcófago fué remitido al Museo de Louvre, donde actualmente se encuentra, y la inscripción, que es bilingüe, escrita la primera línea en arameo y la segunda en hebreo cuadrado, fué traducida así por M. de Saulcy, *Todan* ó *Toran*, reina y ésta *Sadah* ó *Sarah*, reina.

Hasta ahora la época á que este sepulcro pertenece es todavía un problema sin solución; la reina, cuyos restos yacieron en él era aramea; su nombre y dignidad fueron desde un principio escritos en el sarcófago con caracteres arameos, y otra mano tradujo y grabó después en hebreo la fúnebre leyenda. Esto es lo único que al parecer puede afirmarse; todo lo demás, dice M. de Saulcy, cae bajo el dominio de las hipótesis.

Y en cuanto al grandioso panteón de Kobur-el-Moluk, que ha de calificarse sin vacilar de necrópolis regia, ya que una reina (*malketah*, dice la inscripción hebrea) fué sepultada en él, y esto en lugar que no era el de preferencia ¿á qué dinastía ha de ser atribuido? A larga y empeñada discusión ha dado lugar este punto entre los sabios, y de ella se deduce que no pudo pertenecer el panteón á los reyes asmoneos, cuyos sepulcros han sido hallados en Modiim, cerca de Lidda, ni tampoco á la dinastía de Herodes, por constar los lugares distintos en que sus príncipes fueron sepultados. No es admisible que pueda ser, según pretenden varios arqueólogos, el sepulcro de Elena, reina de Adiabenes, y de su hijo Izates, así por su situación diferente de la que señala Josefo al último monumento, como por sus vastas proporciones, impropias para dos sepulturas; tampoco lo es que fuera la de Alejandro Jauneo, por iguales razones, de manera que lo que hasta ahora reúne, al parecer, mayor número de probabilidades, es que el Kobur-el-Moluk fué panteón de los reyes de Judá.

Pero contra tal opinión subsiste y permanece en pie, impidiendo que sea generalmente admitida, el pasaje de Nehemías, antes citado, que coloca en el monte Sión el sepulcro de David, y para conciliar una y otra, M. Guerin, fundado en unas palabras de Ezequiel, propone la solución siguiente, que si bien pertenece hasta ahora al dominio de las suposiciones, no deja ofrecer caracteres de verosímil.

Dijo el profeta: «Hijo de hombre, este es el asiento de mi trono, el escabel de mis pies y el lugar en que para siempre tenga mi morada en medio de los hijos de Israel, los cuales cesarán de hoy más en las profanaciones de mi santo nombre, ellos y sus reyes, con su idolatría y

con los cadáveres de sus monarcas. Echen, pues, lejos de mí su idolatría y los restos de sus reyes».

Y el autor citado añade: «De estos versículos creo poder deducir que antes del cautiverio de Babilonia, durante el cual profetizó Ezequiel los sepulcros de los reyes de Judá, situados en el monte Sión, habían infringido por su inmediación al Templo las prescripciones de la ley mosaica, al paso que, para obedecer al mandato del Señor que habló por su profeta, fueron después trasladados al magnífico panteón de que se trata. En el monte Sión, en la ciudad propiamente dicha de David, labróse la primitiva necrópolis de los reyes de Judá, en el lugar designado por Nehemías con el nombre de Sepulcro de David, príncipe que era como personificación de su dinastía y que daba su nombre único al común y múltiple mausoleo donde yacían, en distintas salas sepulcrales, los restos de los reyes descendientes suyos. Tiempo después sus regios despojos serían trasladados más lejos de la ciudad, al panteón que M. de Saulcy les atribuye, y que por lo mismo, construido y decorado en época más reciente, pudo sin dificultad reproducir en su vestíbulo rasgos de la arquitectura griega.

»Y si se alega en contra de esta hipótesis que de los pasajes en que el historiador Josefo narra la violación del sepulcro de David por Juan Hircano y Herodes, se deduce, al parecer, que aun reinando el último ocupaban todavía David y Salomón, en la colina de Sión, en misteriosas estancias, el lugar en que fueron sus restos depositados, y que lo mismo se desprende de las palabras de San Pedro; no puede haber inconveniente en admitir que, haciéndose excepción en favor de aquellos monarcas, se les dejó descansar en paz en su sepulcro primero, al uno por haber sido á un tiempo profeta y rey y haber reparado sus yerros con fervoroso arrepentimiento, y al otro por haber sido fundador del Templo, para el cual hubo de limitarse su padre á preparar los materiales.

»Si la hipótesis de la traslación de las regias cenizas de la necrópolis de Sión á la de Kobur-el-Moluk no se considerase aceptable, propondré otra consistente en decir que en la primera, ó sea en la de Sión, tuvieron sepultura únicamente los reyes de la dinastía de David, como consagrados que en cierta manera quedaban por la santa unción y por el carácter real de que estaban revestidos; pero sus mujeres, aunque reinas, y los príncipes descendientes suyos, que no llegaron á reinar, fueron sepultados en Kobur-el-Moluk. Además, aun cuando los ornamentos del vestíbulo corresponden, al parecer, á un estilo antes griego que judaico, acerca de lo cual conviene no olvidar que los grie-

gos tomaron de egipcios, fenicios y judíos muchos principios arquitectónicos que se limitaron á perfeccionar, pero que no inventaron, ¿qué dificultad habría en suponer que las funerarias salas de Kobur-el-Moluk fueron en todo ó en parte anteriores á la decoración exterior del vestíbulo?»

Así se expresa M. de Saulcy, y este es actualmente el estado de la científica cuestión suscitada por uno de los monumentos más grandiosos y menos conocidos de la tierra. A creer á antiguas relaciones de viaje, el vasto y subterráneo monumento estuvo indicado por tres elevadas pirámides, y de esto tomó pie el repetido autor para afirmarse aun más en su opinión de haber sido los sepulcros de Kobur-el-Moluk los profanados por Herodes, y aquellas pirámides el monumento expiatorio erigido por aquel monarca. Hoy día no existe obra alguna que indique en lo exterior la existencia de la magnífica necrópolis.

A un cuarto de legua de distancia, esto es: á dos kilómetros de los sepulcros de los Reyes, al Noroeste de la puerta de Damasco, se encuentran los de los Jueces. Contiene en distintos altos una serie de salas, en cuyas paredes se abren sesenta nichos funerarios; como por los estrechos no pudieron contener ataúdes, es de creer que los cadáveres serían en ellos depositados con sólo la mortaja. El vestíbulo, que da entrada á la vasta catacumba tiene elegante portada, cuyo tímpano está adornado con graciosas guirnaldas de follaje, flores y frutas; la puerta de la primera sala sepulcral es también notable por sus bellos ornamentos. Lleva el monumento el nombre de Kobur-el-Kodha (panteón de los Jueces), y con este motivo plantea M. de Saulcy las siguientes cuestiones: «¿De qué Jueces se trata aquí? ¿de los Nasi ó magistrados elegidos por las tribus? ¿de los Elahin (adivinos), nombrados igualmente por el pueblo? Sin datos para decirlo, me limitaré á afirmar que para mí es punto poco menos que demostrado que el sepulcral subterráneo es contemporáneo de los reyes de Judá y ha recibido en su recinto los restos de una serie de magistrados supremos, cuyas funciones no tenían el carácter de hereditarias».

«No pueden ser los sepultados en este lugar los quince Jueces de Israel, porque sabemos de casi todos ellos que lo fueron en el territorio de su propia tribu, dice sobre el mismo asunto M. Guerin, pero nada se opone á creer la afirmativa por lo que toca á los individuos del Samedrín, que, presididos por el Nasi y en número de setenta y dos, celebraban sus sesiones para la resolución de importantes causas y la interpretación de las leyes en una sala llamada Gazith, inmediata al templo». En aquellos ornamentos de las puertas descúbrase la mano de

artistas griegos ó romanos, y esto ha servido de argumento para impugnar la afirmación antes dicha de M. de Saulcy; atiéndase, sin embargo, á que tales adornos, aun en el caso de no pertenecer á artistas judíos de la época de los Reyes, lo cual no es seguro, pudieron ser aplicados á un monumento ya de mucho antes existente. El Kobur-el-Kodha encuéntrase en total abandono y sirve de refugio á los ganados. En pocos años ha experimentado grandes deterioros.

A unos doscientos y ochenta metros al sudoeste del santuario de la Ascensión, en el monte de los Olivos, y en medio de olivares y campos cultivados, hállase otra interesante catacumba que lleva el nombre de Kobur-el-Aubia ó Panteón de los profetas. Bajase al subterráneo por rápida cuesta que lleva á una rotonda cuya bóveda tiene en el centro circular abertura ó tragaluz; de ella parten tres angostos pasadizos que llevan á dos galerías semicirculares y concéntricas en cuyas paredes se abren funerarios nichos y á otras reducidas estancias sepulcrales, en las que se entra con dificultad suma. Hanse descubierto allí varias inscripciones griegas de la época cristiana, prueba de que en aquel lugar tuvieron sepultura discípulos de la nueva doctrina; antes de ello recibiría este lugar los mortales restos de personajes judíos investidos de sagrado carácter, como su nombre lo atestigua. En opinión de M. de Saulcy, á esta catacumba aludió Josefo, cuando, al hablar de las líneas de circunvalación de Tito, dice que, atravesando el Cedrón, rodeaban el monte de los Olivos hasta las rocas llamadas *Peristereon*, pues este nombre griego corresponde al latino de *columbarium*, que puede aplicarse perfectamente al panteón. Este lugar sirvió de morada á anacoretas. Créese que allí habitaban los solitarios del monte de los Olivos, que en el siglo iv sacaban copias para San Gerónimo de los diálogos de Cicerón.

Y pues estamos recorriendo los fúnebres recintos consagrados á la muerte en las inmediaciones de la ciudad y nos hallamos en la vertiente occidental del monte de los Olivos, descendamos al lecho arenoso del Cedrón, al valle de Savé ó del Rey, que presencié la entrevista de Melchisedech y Abraham, y que, tomando después el nombre de Josafat, por haber tenido en él sepultura el rey así nombrado, fué al parecer destinado siempre para cementerio de Jerusalén.

El famoso valle de Josafat, relacionado inevitablemente en la memoria de todos los cristianos con las tétricas escenas de la muerte y del juicio final, tendrá unos cuatro kilómetros de largo por unos doscientos en su parte más ancha. Mas bien que valle, es una estrecha y tortuosa garganta, cerrada al Este por los montes del Escándalo, de los Olivos y

de *Viri Galilaci*, y al Oeste por las colinas de Bezeta, Moriah y Ofel, sobre los cuales, como es sabido, está sentada Jerusalén. Al Norte de dicho valle está el monte Scopus y al Sud el campo llamado de los Bata-neros. Ambas vertientes están cubiertas de sepulturas, perteneciendo á los musulmanes los cementerios que desde las murallas de la Santa Ciudad descienden por este lado hasta cerca del Torrente Cedrón, y son propiedad de los judíos los cementerios del lado opuesto, que ocupaban la falda del monte de los Olivos. Algunos sepulcros de árabes y musulmanes se encuentran también en este lado, porque, no lejos de la basílica de la Ascen-sión, vese una sepultura reciente, sobre la cual, pendientes de unas cuer-das sostenidas en unos palos clavados en tierra, hay seis trenzas ó cabelleras de mujer, depositadas allí por sus dos mujeres y cuatro hijas, como home-naje de dolor tributado al difunto. Dicese que éste era un jefe de beduinos, que fué asesinado hace unos diez y seis años al otro lado del Jordán. Las cavernas sepulcrales, antiguas y modernas, pertenecientes la mayor parte á los judíos, que por todas partes se encuentran en las laderas de este valle, son numerosas. Como por otra parte la vegetación es allí nula, no se ve agua por ningún lado, pues el torrente Cedrón, que recorre el fondo del valle, está casi siempre seco, y los ojos únicamente tropiezan con sepulturas de toda clase, piedras calizas, tierra y polvo abundantes, no puede ser más tétrico el aspecto general del celeberrimo valle del juicio. Unos cuantos olivos del monte Olivete, alguna higuera raquílica y unos miserables huertecillos debajo de la aldea de Siloé, son los úni-cos indicios de vida con que tropieza el peregrino en el valle de la muerte.

Al contemplar la soledad de aquellos montes por los que no discurre ni un sér animado; al ver el desorden de aquellas tumbas hendidas, rotas, entreabiertas, diríase, según frase de Chateaubriand, que ha sonado ya la trompeta del tremendo juicio y que todos los muertos van á llenar el valle de Josafat.

Los sepulcros de Absalón, de Josafat, de Santiago el Menor y de Zaca-rías, son los cuatro mausoleos que atraen con preferencia en aquel lugar de desolación las miradas del viajero. La crítica de los arqueólogos los ha discutido prolongadamente, siendo considerados por unos como de origen eminentemente hebraico y por otros de época más reciente.

Absalón, hijo de David, erigió en el valle de Sabé ó del Rey un mo-numento destinado á ser su sepultura. Sabemos además por la Sagrada Escritura que el príncipe rebelde, al caer á los golpes de Joab, fué enterrado en una fosa abierta en un bosque, al otro lado del Jordán, sobre la que se amontonaron piedras; pero se supone muy fundada-

mente que el desconsolado padre mandó exhumar el cadáver y depo-sitarlo en el monumento que su hijo se había preparado en vida. La tradición constante y universal atribuye el monumento del valle de Josafat al desgraciado Absalón.

Este sepulcro es monolítico, tallado en la roca viva, cuadrado en su parte inferior, y coronado por una pirámide triangular, de diferente piedra, y de altura desproporcionada al sepulcro. Su altura es de catorce metros y sesenta centímetros. Cada una de sus cuatro caras tiene ocho pasos de lado, y está adornada con seis columnas de orden dórico, sin estrías, talladas en la misma piedra. Tiene este mausoleo cuatro agujeros en cada una de sus caras, y por ellos arrojan piedras al interior los judíos que por aquel camino pasan, en señal del desprecio que les ha inspirado siempre la rebelión de Absalón contra David su padre.

Los musulmanes dan al sepulcro de Absalón el nombre de *Tantur-Faraun*, gorro de Faraón.

A pocos pasos del Nordeste del sepulcro de Absalón, hállase un mo-numento en parte sepultado entre escombros, al que los judíos y los cristianos de Jerusalén dan el nombre de sepulcro de Josafat, quien indudablemente no fué enterrado en él, porque el inspirado libro dice terminantemente que fué sepultado en la ciudad de David. Para justificar la tradición referente á la sepultura de que tratamos, es preciso admitir que Josafat mandó erigir para su familia un monumento funerario en el valle que después ha llevado su nombre, al paso que él, como rey que era, acaecida su muerte, fué enterrado en la necrópolis real del monte Sión. Tampoco es despreciable la opinión según la cual este monu-mento, más bien que sepulcro, sería un cenotafio construído en honor del rey Josafat.

Es también de piedra como el sepulcro de Absalón, más capaz, tiene una puerta que mira á Occidente, de exquisito gusto, y varios adornos tallados en la roca.

Cuarenta y cinco metros más allá hacia el Sud se ve á la izquierda una caverna sepulcral, venerado por los cristianos con el nombre de sepulcro de Santiago y llamado por los musulmanes *Diwan Faraun*, Diván de Faraón, y que actualmente sirve para encerrar los corderos jóvenes que no pueden seguir al ganado.

Según tradición antiquísima, al caer el Salvador vendido por Judas en manos de sus enemigos, y al despertarse los aterrados discípulos, que se encontraban sesenta metros más allá de la tumba de Absalón en dirección al huerto de Gethsemaní, Santiago el Menor refugióse en el subterráneo panteón que nos ocupa y cuyo hecho le dió el nombre ac-

tual, permaneciendo en él hasta después de la resurrección de su Divino Maestro. Se cree también que allí se le apareció el Señor, y que su cuerpo fué depositado en uno de aquellos nichos el año 62 de nuestra era, después de haber sido precipitado desde lo alto del templo.

El acceso á esta cueva es muy difícil, porque está bastante alta; sostienen su techo dos columnas y dos medias pilastras de orden dórico, reunidos estos cuatro apoyos por un arquitrabe sobre el cual corre un friso, dórico también, rematado á su vez por una cornisa de igual estilo. Según la interpretación de M. de Vogué, la inscripción hebrea de muy difícil lectura por su gran deterioro que existe grabada en el arquitrabe nos hace saber que este monumento pertenece á ocho individuos de la familia sacerdotal de los Beni-Hegir, descendientes de Eléazar, hijo de Aarón. Y ocho son, en efecto, los nichos que allí se encuentran. Remóntase la fecha del monumento, según general creencia, al siglo IV antes de Jesucristo.

Saliendo del sepulcro de Santiago por la entrada del Sud, se topa á pocos pasos con la tumba de Zacarías, con este nombre designado por cristianos y judíos; llámanlo los musulmanes *Kabr-Vubjeb-Faraon*, sepulcro de la esposa de Faraón. Es opinión corriente que el personaje por nombre Zacarías á quien la tradición atribuye este sepulcro, el hijo de Barachías, mencionado por San Mateo, quien atribuye á Nuestro Señor Jesucristo estas palabras: « Por esto he aquí yo envío á vosotros profetas y sabios y doctores, y de ellos mataréis y crucificaréis y azotaréis en vuestras sinagogas, persiguiéndolos de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la de Zacarías, hijo de Barachías, á quien matasteis entre el templo y el altar. »

Como el de Absalón, el sepulcro de Zacarías tallado en la roca viva, es cuadrado, monolítico, termina con una pirámide, y no se ve en él puerta alguna.

Unos cien metros, próximamente, hacia el Sud de este sepulcro, se encuentra el campo de triste recordación, como que fué adquirido con el dinero de la perfidia de Judas para dar sepultura á los extranjeros. Según la tradición allí se ahorcó el mal apóstol.

Levantándose en cierta ocasión San Pedro en medio de unos ciento veinte hombres, dijo:

« Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura, que predijo el Espíritu Santo por boca de David acerca de Judas, que fué el caudillo de aquellos que prendieron á Jesús. El que era contado con nosotros y tenía suerte en este ministerio. Este, pues, poseyó un

campo del precio de la iniquidad y colgándose reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas. »

Mas no puede precisarse con exactitud este sitio famoso, pues lo único que consta es que estaba en la falda de una altura que domina el valle de Josafat entre la tumba de Zacarías y la aldea de Siloé.

Unos doscientos metros más allá del sepulcro de Zacarías, Cedrón abajo, á mano izquierda, se encuentran las primeras estribaciones del monte llamado del Escándalo, porque en él hizo construir Salomón templos á los dioses de sus trescientas esposas y setecientas concubinas, hecho que escandalizó sobremanera al pueblo de Dios. Los dioses que adoró el más sabio de los hombres eran Astarté, diosa de los sidonios; Moloch, ídolo de los amonitas; Chamos, dios de los moabitas, y otros, de suerte que adoró lo más vergonzoso, cruel é insensato que darse puede. ¡ Tan frágil es la humana sabiduría !

El monte del Escándalo está separado del de los Olivos por el camino de Betania, que corre entre los dos.

En el flanco Oeste del monte del Escándalo está situada la aldea de Siloé ó de Siloán, extraña agrupación de casas y chozas construídas sobre cavernas y sepulcros, la mayor parte de los cuales utilizan actualmente para cuadras sus moradores. Nada más miserable que esta aldea, ni más pobre y andrajoso que sus habitantes; muchos de ellos deben dedicarse al pastoreo y á la alfarería, pues estiércol de cabras y cascotes de barro cocido es lo único que se encuentra entre las escalonadas casas de aquel villorrio. Hablando de aquella gente miserable, dice un viajero: « al ver los montes de piedra en que mora esta tribu de beduinos, no se sabe si son sepulcros ó guaridas de malhechores. » Afirma el mismo que los habitantes de Siloán son árabes tan temibles como los del desierto.

Al pie de la colina Ofeal, en la cual en tiempo de Salomón había la casa de moneda, y en el siglo XIII un villorrio y muchas colinas, frente á Siloán, se encuentra la boca de un subterráneo que termina en la parte occidental de la esplanada del templo; por aquí entraron en la ciudad los beduinos en las últimas guerras.

Algo más abajo está la fuente de la Santísima Virgen, llamada por los árabes *Ain-Sitti-Mariam*, fuente de la Señora María. Su entrada se parece á la de una caverna; se baja por una escalera de diez y siete peldaños, al pie de la cual, bajo una bóveda ojival abierta en la roca, se encuentra un rellano ó meseta, que tendrá unos tres metros y medio de largo por otro tanto de ancho, y continuando el descenso por otra escalera de quince gradas talladas en la roca, se llega á la fuente. Varias son las opiniones acerca de la procedencia de estas aguas, creyendo unos que